

1487. sus muros, y recurrieron á Inocencio VIII, con el cual, á pesar de su carácter pacífico, se ligaron los principales barones y expusieron sus quejas al rey. Despues, resueltos á no caer bajo el dominio de Alfonso, enarbolaron la bandera de la Santa Sede, y se declararon en abierta rebelion. Concluyose por fin la paz, concediendo Fernando entero perdon á los rebeldes, y dejando al papa la ciudad de Aquila, con los barones que le habian prestado homenaje. Este era un lazo; pues apénas los barones depusieron las armas, aquel príncipe se apoderó de ellos y les hizo dar muerte, ocupando en seguida á Aquila, y negándose á pagar el tributo prometido. Inocencio, en vista de esto, declaró vacante la corona, é invitó á Carlos VIII de Francia á ceñirse, lo cual fué para Italia origen de nuevos desastres.

Entretanto la Sicilia pedia en vano que se la considerase como reino distinto y no como provincia de Aragon. Cada tres años se enviaba á ella un virey, del que dependian los jefes de la cancillería, ó mejor dicho, los secretarios del Estado, los magistrados del tribunal supremo, un gran consejo de todos los altos dignatarios del reino, barones y prelados. Los vireyes, residiendo tan pronto en una ciudad como en otra, y habiéndose fijado por último en Palermo, tenían facultades casi ilimitadas, pero les ataban las manos frecuentes instrucciones secretas, no podian decidir nada importante sin el dictámen del rey, al paso que ejercian sobre los súbditos y los funcionarios públicos una autoridad arbitraria. Los empleos de justicia mayor, archivero, protonotario, gran senescal, gran chambelán, no eran ya sino vanos títulos concedidos á las principales familias de Sicilia y Aragon, y como el virey desempeñaba ademas las funciones del capitán general, no habia necesidad de gran condestable ni de grande almirante; esta última dignidad se confirió siempre á un extranjero.

La única existencia política que quedaba, residía en las asambleas nacionales, que contrabalanceaban aquel poder de corta duracion, y exponian las necesidades del país á los vireyes, los cuales apénas permanecian en él el tiempo necesario para conocerlo y empobrecerlo. Colmó tantas desgracias Fernando el Católico, estableciendo allí la Inquisicion española en 1513.

CAPÍTULO XXI

Estado Pontificio.

En el concilio de Basilea se habia ventilado la cuestion de si la Iglesia no adquiriria mayor pureza renunciando á las intrigas propias de la dominacion terrestre; pero un orador dijo: « Hubo un tiempo en que creí sería muy útil » separar la potestad temporal de la espiritual: » actualmente estoy convencido de que la virtud sin fuerza es ridícula, y que sin el patri-

142. » monio de la Iglesia el romano pontífice no » sería mas que un servidor de los reyes y de » los príncipes (1). » En efecto, la esclavitud de Aviñon habia hecho ver á los papas y á los príncipes cuánto importaba asegurar á la Santa Sede su existencia independiente, á fin de que no se convirtiera en instrumento de los caprichos de los monarcas, y por lo mismo se procuró consolidar el poder político cuando iba decayendo el espiritual. Martin V, de la familia de los Colonna, que logró acabar con el cisma, habia encontrado el patrimonio de la Iglesia en el mayor desorden; pero lo restauró de una manera digna. Indujo á Juan II de Nápoles á restituírle á Roma, ocupada por Ladislao; quitó la ciudad de Perusa á Braccio de Montone (2) y el resto del territorio á los diferentes tiranos. El cardenal Nicolas Albergati, no ménos santo en sus costumbres que hábil en los negocios, supo devolver á la Santa Sede su importancia política en Italia, donde por medio de negociaciones obtuvo resultados mas favorables que con las guerras, y celebró varios tratados de paz.

Pero habíanse establecido muchas familias en el patrimonio de la Iglesia: la de los Polenta poseyó á Rávena hasta 1438, época en que la ocuparon los Venecianos, conservándola durante medio siglo; Faenza é Ímola obedecian á los Manfredi, los Ordelaffi de Borli y los Varani de Camerino dominaban á su antojo, si bien se les consideraba como vicarios del papa. Los Malatesta, capitanes afamados, se habian constituido un hermoso principado en Rimini, sometiendo á Bano, Pésaro, Camerino, San Severino, Macerata, Montesanto, Cingoli, Jesi, Fermo y Gubbio: pero todo lo perdieron en tiempo de Martin V, á excepcion de Rimini, Fano y Cesena. Odon Antonio de Montefeltro obtuvo de Eugenio IV en 1442 el título de duque de Urbino, y este mismo papa vió destruido el país por los Sforzeschi y los Bracceschi, que atacaron á Roma, de donde tuvo que huir, y le indujeron á conceder dominios y títulos; pero Piccinino venció á Fortebraccio, y devolvió á San Pedro sus antiguas posesiones.

Nicolas V (Tomas Parentucelli) fué uno de los papas mas dignos, y atendiendo á la diferencia de los tiempos, contribuyó mas que Leon X al progreso de la civilizacion con su proteccion ilustrada. Restauró el panteon de Agripa; fundó la biblioteca del Vaticano, donde reunió cinco mil volúmenes; acogió á todas las personas instruidas: escribían sus cartas Poggio de Florencia, Jorge de Trebisonda, Flavio Biondo, Leonardo Aretino, Giannotto Manetti, Francisco Filelfo, y á porfia se le dedicaban obras. Tra-

(1) Schnöck, tom. XXXII, p. 90.

(2) « En 1424 fué muerto Braccio de Montone... Hubo con tal motivo gran fiesta y algazara en Roma, con fuegos artificiales y bailes. Todo Romano iba á caballo, con una antorcha en la mano, para acompañar á M. Jordano Colonna, hermano del papa Martin, porque habia muerto el enemigo del pontífice. El papa Martin, libre de enemigos, no encontró ningun otro obstáculo, y mantuvo en su tiempo la paz y la abundancia, llegando el trigo á cuarenta sueldos el rubbio. » INFESSURA.

142.

Nicolas V.
1447.

dújéronse entónces muchísimas del griego, la Iliada, la Cirropedia, Herodoto, Apiano de Alejandria, Aristóteles, Tolomeo, Platon, Teofrasto y varios Santos Padres; se mostró muy liberal con Poggio por su version de Diodoro; pagó á Lorenzo Valla quinientos escudos de oro por la de Tucídides; prometió á Francisco Filelfo, si traducía á Homero, una hermosa casa en Roma, una heredad y diez mil escudos; mil y quinientos á Guarino por la version de Estrabon; quinientos á Perotti por la de Polibio; señaló seiscientos escudos anuales á Manetti para que se dedicase á las obras sagradas, y le hizo principiar una traduccion de la Biblia, siguiendo el texto hebreo (1). Añádanse los edificios que volvió á levantar ó emprendió por todas partes; magníficos palacios en Espoleto y Orvieto; baños para los enfermos en Viterbo; la muralla de Roma; sin contar con que reparó las iglesias arruinadas durante la larga viuded, y se disponia á reedificar á San Pedro, como símbolo de la reconstruccion de la Iglesia Espiritual.

No empleó tanto cuidado en conseguir el bien de sus súbditos, ó mejor dicho quiso gobernarlos con aquel despotismo á que se inclinan fácilmente los que se sienten superiores á los demas y desean serles útiles. Hizose una nueva tentativa para restaurar la república romana por Estéban Porcari, noble Romano que se indignaba de ver el gobierno en manos de sacerdotes, extranjeros en su mayor parte, ninguno de los cuales era apto por su educacion para los negocios. Animándose con la cancion de Petrarca *Espiritu gentil*, y pareciéndole que él era aquel caballero á quien « Roma con los ojos húmedos de piedad imploraba desde las siete colinas, » urdió tramas para enseñorearse de ella á viva fuerza; alistó mesnaderos y bandidos, y habiendo entrado furtivamente en la ciudad, convino con ellos en la manera de ocupar el Capitolio, prender al papa y á los prelados y tomar el castillo de Santo Angelo. Pero el senador habia tenido ya aviso de todo, y se apoderó de los conjurados mientras asistian á una cena: Porcari fué ahorcado con nueve de sus cómplices en las almenas del castillo (2); el pontífice, á

1483.

8 de enero.

(1) « Les pontifes de Rome répandirent ces ténèbres en déclarant la guerre à toute espèce d'érudition patenne. S'il se fit de temps en temps quelques efforts pour dissiper cette obscurité, ils furent étouffés par les supplices. » RAYNAL, lib. XIX.

(2) « El mártir 19 de enero fué ahorcado un tal Estéban Porcari en el castillo, en aquel torreón que está, cuando se va hácia allá, á mano derecha. Yo le vi vestido de negro, en almilla y con calzas negras. Perdimos aquel hombre honrado, amante del bien y de la libertad de Roma, el cual, viéndose desterrado de esta ciudad sin justo motivo, para liberrar á su patria de la servidumbre, quiso dar su vida como habia dado su cuerpo... Y aquel día fueron ahorcados en el Capitolio sin confesion ni comunión los infrascritos... Item con ellos lo fué el dicho Sao y otros muchos... Y en aquel día fueron cogidos tambien Mr. Joanni... El 28 de enero fueron ahorcados Francisco Cabadio y un doctor, porque acompañaron á Mr. Estéban Porcari y se dijo que tenían noticia del dicho tratado. Y despues se publicó un bando para que los que supieran dónde estaba... lo descubriesen y ganaban mil ducados, y los que le entregasen muerto, quinientos. Y el papa mandó buscar por toda Italia á estos delincuentes... habiéndoseles cogido, á unos en Padua, á otros en Venecia. Á muchos se les cortó la cabeza en la ciu-

quien se habia pintado aquel suceso como una tentativa de asesinato, no pudo alejar de sí las sospechas, persiguió á los que habian apelado á la fuga, maltrató á cuantos logró coger, y pasó los pocos años que le quedaban de vida entre terrores y suplicios. Próximo á exhalar el último suspiro, decia con lágrimas en los ojos á dos piadosos monjes que se hallaban junto á él: « Nunca entra aquí nadie que me » haga oír la verdad. Las ficciones de los que » me rodean llegan á tal extremo, que si no » temiese el escándalo, renunciaria el pontífic » cado para volver á ser Tomas de Sarzana. »

Con la eleccion del Español Calixto III (Alfonso Borja), á quien hemos visto lleno de celo contra los Turcos, se encrudecieron las facciones de los Colonna y de los Orsini, y todavía mas cuando el papa, deponiendo todo miramiento, engrandeció á sus sobrinos, cediéndoles los feudos de la Iglesia, haciendo á Pedro duque de Espoleto y meditando colocarle en el trono vacante de Nápoles, si le hubiesen bastado á tal intento los años de vida que le quedaban. Estos abusos indujeron al cónclave siguiente á determinar que sin el asentimiento de los cardenales no podria el papa trasladar de Roma la sede, conferir capelos ú obispados, hacer la paz ó la guerra, ni vender las tierras eclesiásticas.

Enéas Silvio Piccolomini, á quien se ha visto representar el primer papel en los tratados de aquel tiempo, uno de los hombres mas instruidos en las letras y en el derecho canónico, al mismo tiempo historiador y poeta, sucedió á Calixto con el nombre de Pio II. Su juventud habia pasado en medio de las turbulencias de Siena; asistió al concilio de Basilea como adjunto del cardenal Domingo de Capranica, y cambiando á menudo de soberano, fué muchas veces embajador, luego secretario primero de Félix V, y despues del emperador Federico. Escribió la historia de Bohemia, el estado de Europa en tiempo de Federico III, un cuadro de Alemania y del concilio de Basilea, en el cual formó parte de la oposicion: obras interesantísimas, como de un testigo ocular y prudente; ademas, una coleccion de cartas familiares y sobre negocios (1). Bajo el nombre de Juan Go-

Calixto III.
1485.Pio II.
1438.

dad de Castello... En 30 de enero fué decapitado Bautista de Persona. » INFESSURA.

El diario de este no cesa de mencionar atroces suplicios, raptos de mujeres y de funcionarios públicos para dar soltura á presos de la peor nota.

(1) Véase *Aeneas Silvii Piccolomini senensis, qui post adeptum pontificatum Pius ejus nominis secundus appellatus est, opera quae extant omnia*. Basilea 1536. Poseemos tambien otra edicion mas preciosa de las cartas hechas en Milan por maese Ulderico Scinzenzeler. Allí se encuentra la historia demasiado famosa de Lucrezia de Siena, enamorada de un Aleman llamado Eurialo, de la comitiva del emperador Sigismundo, pintada con los colores de Boccaccio. Entre sus cartas, hay muchas que difunden gran luz sobre las cosas de aquel tiempo. Sus obras capitales son: *De gestis concilii Basiliensis comment. De ortu et historia Bohemorum; Europa, in qua sui temporis varias historias complectitur*. Escribe bien, aunque multiplica demasiado las frases y los hemistiquios. Véase á continuacion el prólogo del concilio de Basilea: « No sé qué desgracia ó qué destino pesa sobre mí, impidiéndome alejarme de la historia y emplear el tiempo mas útilmente. A menudo me he propuesto dejar estos entretenimientos, propios de los orado-

bellini, su secretario, nos contó su propia vida, continuada por Jacobo de los Amanati, y que historiador Pinturicchio en la antigua librería de Siena, según los cartones de Rafael.

Pío II sostuvo enérgicamente como papa aquella autoridad que como diplomático había combatido, y al ver que se le echaban en cara á menudo sus antiguas opiniones, expidió una *bullá retractationum*, en que se retractó de muchas proposiciones lanzadas contra la potestad pontificia, y principalmente contra Eugenio IV, diciendo que era propio de los hombres engañarse, que no los había sostenido por obstinación, sino por error; y que le importaba hacer aquella retractación á fin de que no se atribuyesen á Pío las opiniones de Enéas (1); de aquí tomo ocasión para exponer parte de su vida.

Sucediendo á menudo, por una consecuencia de las pasadas agitaciones, que aquellos á quienes castigaba el papa acudían al futuro concilio, pretendiendo además los reyes nombrar á sus obispos, Pío en el concilio de Mantua prohibió (*Execrabilis*,) bajo pena de excomunión, apelar de las decisiones del papa al futuro concilio, tribunal que no existe; pero las sanciones que se habían introducido en medio de las tormentas anteriores, fueron para él causa de graves disgustos. Mientras disponía la Cruzada contra los Turcos, luchando con toda su persuasión contra la indiferencia del siglo egoísta, espiró en Ancona (2).

Pedro Barbo, Veneciano, era un hombre excelente, hábil para insinuarse en la gracia de cualquiera con pequeños servicios y con mostrar interés hácia los padecimientos ajenos, por lo cual le llamaban la Virgen de la Piedad. Habiendo sido elegido papa, bajo el nombre de

res y poetas, para seguir otro ejercicio capaz de proporcionarme una vejez ménos penosa, y no vivir con el día como las aves y las fieras. No faltaban estudios que hubieran podido producirme dinero y ganarme amigos, si hubiera querido concentrar en ellos mis fuerzas. Estos pensamientos no procedían de mí exclusivamente, sino que tenía en derredor amigos que me decían de continuo: « Enéas, ¿qué haces? ¿Te ha de encadenar por siempre la literatura? ¿No te avergüenza no tener á tu edad hacienda ni dinero? ¿No sabes que es necesario ser grande á los veinte años, prudente á los treinta, rico á los cuarenta, y que pasado este tiempo es vana toda fatiga? » Así, pues, me aconsejaban que hallándome ya cerca de los cuarenta años, procurase asegurarme algo antes de cumplirlos. Repetidas veces me puse á intentarlo y prometí seguir su consejo. Arroqué los libros de los oradores, las historias, y todos los escritos de esta clase, enemigos de mi salud; pero así como ciertos insectos revolotean en torno de una bujía, acabando por quemarse en ella las alas, del mismo modo volví á mi mal en que es fuerza que muera, y según veo, nada más que la muerte me arrancará de este estudio. Mas ya que el destino me arrastra, y no puedo hacer lo que quiero, necesario es unir la voluntad al poder. Se me censura á causa de mi pobreza; pero el pobre y el rico deben vivir hasta que llega su última hora. Si la pobreza es una desgracia para los viejos, todavía lo es más para los ignorantes. Tener un cuerpo sano y las facultades intelectuales completas, es dado al pobre no ménos que al rico. Si esto alcanzo, nada más pido. Concédame Dios disfrutar con buena salud lo que poseo; otórgueme una vejez con espíritu sano, y no sin honor ni sin lira, y pues que así se halla decretado, volvamos á nuestros comentarios. »

(1) Hacía la misma distinción en aquel famoso dicho suyo: « Cuando era Enéas, nadie me conocía; ahora que soy Pío, todos me llaman tío. »

Véase también: GEORG. VOIGT. *Enea Silvio de Piccolomini als papa Pius II und sein Zeitalter*. Berlin, 1860-63, 3 vol.

(2) Véase ántes pág. 336.

Paulo II, atendió incesantemente á tres cosas: al engrandecimiento de sus sobrinos, en cuyo favor hizo anular la capitulación impuesta por el cónclave; á la Cruzada contra los infieles, y á la derogación de la pragmática sanción de Bourges, en que le parecían menoscabadas las prerogativas de la Santa Sede por el clero galicano; pero en todas tres zozobró. Informado de que los sesenta *abreviadores* (colegio instituido por Pío II, á fin de que redactase los breves pontificios en estilo castizo) traficaban con sus funciones, y creyendo digno de Roma darlo todo gratuitamente, los abolió. Aquellos sesenta letrados, sumidos de este modo en la miseria, le denigraron á porfía, y uno de ellos, Bartolomé Sacchi de Piadena (el Platina), le faltó al respeto hasta el punto de ser condenado á la cárcel pública. Entretanto se descubrió una conspiración, y hallándose Sacchi complicado en ella, se le puso en el tormento, de lo que se vengó, disfamando al pontífice en sus *Vidas de los papas*.

Se acusa á Paulo II de haber perseguido á los restauradores de la literatura clásica; nosotros nos inclinamos á compadecerle, si es que se asustó viendo una nueva irrupción del paganismo, no solo en las bellas artes, sino también en las doctrinas y en la vida, pues aquellos eruditos se sonrojaban del nombre de los Santos que habían recibido en el bautismo; y mudaban el de Pedro en Pierio, el de Juan en Joviano, el de Marino en Clauco (1); celebraban fiestas al estilo antiguo, sacrificando un macho cabrío, y so pretexto de restaurar el crédito de Platon, profesaban doctrinas impías ó teúrgicas, cosas todas que alguno calificará de leyes, pero capaces de producir serios resultados. La verdad es que Paulo II gastó mucho dinero en desenterrar antigüedades, que amó las artes y mandó hacer una tiara de valor de cincuenta mil marcos de plata (275,000 francos). Consiguió formar una liga de todos los potentados de Italia para mantener la independencia de cada uno de ellos; concedió el título de duque de Ferrara á los señores de la casa de Este, que habían obtenido ya del emperador los ducados de Módena y Reggio, é hizo que Forso tomara asiento entre los cardenales, regalándole además la rosa de oro. Ya no se hablaba de los proyectos de reforma en la curia; agitábase más bien la idea de convocar un concilio, y entretanto se prodigaban encomiendas, promesas y otros abusos lucrativos.

De peor fama goza Sixto IV (Francisco d'Albescola de la Rovere), cuya política incierta y desleal hemos visto tanto en Nápoles como en Florencia: « Fué el primero que empezó á mostrar á cuánto alcanzaba el poder de un papa, y de qué manera mil cosas miradas ántes como

(1) El nombre que te dieron de algun Santo ó de un apóstol, al echarte el agua. Lo mudas en Cosmico ó en Pomponio; Otros convierten el de Pedro en Pierio, El de Juan otros en Joviano ó Jano.

errores, podían ocultarse bajo la autoridad pontificia. » (MAQUIAVELO.) Trató de armar á la Cristiandad contra los Turcos; pero solo consiguió recuperar á Esmirna y expulsarlos de Otranto. Los mancebos de quienes se rodeaba, hicieron que se hablase mal de sus costumbres. Manifestó extremado rigor en las nuevas guerras de los Colonna y los Orsini, y entró á sangre y fuego en la ciudad. Prodigó beneficios, obispos, principados, dignidades y empleos á sus sobrinos Riario y de la Rovere; Rafael Sansoni, nombrado cardenal á los diez y siete años, llevaba en pos de sí una comitiva de diez y seis obispos: el inepto Pedro Riario, legado de toda Italia, tenía una corte de más de quinientas personas. Para Jerónimo Riario fundó el señorío de Ímola y le preparaba otro más importante en la Romanía; pero hallando un obstáculo á este proyecto en los Médicis, tomó parte en la conjuración de los Pazzi, y castigó con excomuniones á Lorenzo porque no se había dejado matar. Halagó á Venecia mientras tuvo esperanza de que le sirviera de instrumento para su nepotismo ambicioso: luego la abandonó, se unió al rey de Nápoles y al duque de Ferrara, que hacían la guerra á los Venecianos, y fulminó contra ellos el entredicho. Venecia, sin inquietarse por la sentencia, apeló al futuro concilio, y después, en la paz de Bagnolo, recuperó lo que había perdido con sus derechos de navegación en el Pó y el Polesine de Róvigo. « Este ambicioso modo de proceder, dice Maquiavelo, le atrajo mayor estimación por parte de los príncipes de Italia, y todos aspiraron á captarse su amistad. » El hecho es que aquel nepotismo descarado deshonra á la Iglesia. El abuso de las censuras era causa de que perdiesen todo crédito, y Luis XI intimó al papa con altivez que retirase las que había fulminado contra Florencia, y convocase un concilio.

Apénas espiró Sixto, lleno de amargura por el mal éxito de sus designios, cuando fué demolido el palacio de sus sobrinos, saqueado el trigo que había acumulado, y los Colonna volvieron á Roma, donde se sostuvieron con las armas en la mano. Los cardenales trataron de impedir nuevos desórdenes, aun á costa de una capitulación; pero en lugar de tales expedientes, siempre eludidos, hubieran debido pensar en hacer una buena elección. Dinero y promesas fueron causa de que recayese esta en el Genoves Juan Bautista Gibo, que tomó el nombre de Inocencio VIII, y del cual dijeron los pasquines que con razón se llamaba padre. Hermoseó á Roma, castigó á algunos falsificadores de bulas, en las cuales se permitían enormes delitos; pero se dejó gobernar por su sobrino Francisco Gibo, que se enriquecía concediendo, mediante el pago de cierta suma, la impunidad á los bandidos, de que Roma era guarida. Inocencio creó por gestión suya varios empleos que se vendían á un precio elevado, y los compradores se indemnizaban luego traficando con las gracias apostólicas.

Venecia, considerando al clero como dependiente del gobierno, había hecho siempre los nombramientos para los beneficios y las dignidades; pero Inocencio, que quería atraer á sí la elección de las sedes de Padua y Aquilea, se opuso á ello, como también á los diezmos que él mismo había impuesto sobre las fundaciones venecianas. Cambió con una política tortuosa la perfidia de Fernando I de Nápoles; descuidó los negocios eclesiásticos, y hasta haciendo pasar á sus venas la sangre de tres niños, trató de prolongar la vida, que sus predecesores prodigaban con santa generosidad. De este modo los papas, siendo cada vez ménos dignos de la tierra, preparaban el azote que estaba ya próximo; pero suspenderemos la narración ántes de llegar á un pontífice cuya memoria se encuentra todavía más manchada.

CAPÍTULO XXII

Condición de la Italia. — Costumbres.

Los innumerables señoríos en que se había fraccionado la Italia fueron reduciéndose, pues, á unos pocos, los cuales, equilibrándose entre sí, impedían que ninguno prevalciese hasta el punto de convertir el país en monarquía. Ya hemos visto á más de uno formar este proyecto, que fracasó constantemente por la oposición de los otros, y sobre todo por la de los pontífices; poderoso obstáculo, aunque no el único que impide la reunión de aquel hermoso país en un solo Estado; reunión que no ha podido efectuarse ni ántes que los papas dominaron allí, ni cuando se encontraron despojados de su patrimonio, como sucedió en tiempo de Ladislao y de Napoleón (1). La causa de la división de los Italianos es, pues, más profunda que lo que se cree, y si cabe sentir que la Italia no hubiese sido subyugada entonces por alguno que la redujera la unidad que se impuso á la Francia, á la Inglaterra, á la España, sería injusto acusar á los antiguos Italianos de lo que no era quizá posible, y que seguramente no debía parecerles deseable. La idea de la unidad nacional es entre las teorías sociales la más difícil de concebir, y la última que reciben los pueblos, exigiendo un trabajo grande de la inteligencia, el sacrificio de toda prevención y la extirpación de arraigadas injusticias. Además, la semejanza de raza no basta á determinar que por su bien deba un pueblo permanecer unido á otro; hechos recientes lo atestiguan.

Las fuerzas de los diferentes Estados se encontraban de tal manera equilibradas que mal podía uno someter á los demás. En la Lombardia, la Romanía y el reino de Nápoles, había muchos

(1) El poder temporal de los papas era entonces muy débil, y Maquiavelo dice que « desde Alejandro IV hácia atrás, los potentados italianos, no solo los que se llamaban así, sino también todo barón y señor, por pequeño que fuese, estimaba poco á la Iglesia con respecto á lo temporal. » *Príncipe*, XI.